

D. JOSÉ ALVAREZ.

A los que creen que solamente á los tiempos antiguos y á las edades medias fue dado producir grandes artistas; á los que no cesan de declamar contra la degradacion del linage humano, y á los que dicen que las artes desaparecen de nuestro suelo, les recordaremos que aun no hace ocho años falleció en esta villa de Madrid un escultor Español, uno de aquellos grandes hombres, de que es tan avara naturaleza, destinados á ilustrar el siglo en que vivieron y la nacion que tuvo la dicha de producirlos. Este hombre extraordinario, este escultor, fue D. José Alvarez, el mismo cuyo retrato damos en este número del ARTISTA, y cuyo semblante despertará sin duda en muchos corazones el amargo dolor con que lloraron su pérdida irreparable, no solo sus numerosos amigos, sino todos aquellos que se interesan en los progresos de las artes.

No es esta una de aquellas celebridades que como la de Praxíteles, aparece á nuestros ojos abultada por el prisma de la distancia, ó como la de Napoleon por el prestigio de la gloria. Nada aparente, nada facticio en el mérito de nuestro escultor; todos hemos tenido ocasion de conocerle, de tratarle en el comercio de la vida privada; hemos conocido al hombre con todas sus miserias humanas, al hombre tal cual es, no cual nos lo pinta nuestra imaginacion entusiasmada; y sin embargo, este hombre conserva para nosotros aquel prestigio ideal con que nuestra mente se recrea en adornar á ciertos seres privilegiados, como si digéramos Cervantes ó Murillo. Y es por que el mérito del artista no es un mérito de convencion, como el de los héroes; este solo brilla de lejos, siendo nada de cerca, al paso que el de aquel, es de todos los tiempos y de todas las distancias. —Muy cierto es que "nadie es héroe para su ayuda de cámara," pero el grande artista, lo parece tanto mas cuanto mas de cerca se le mira.

El artista se reproduce en sus obras, vive en ellas y participa de la inmortalidad que las imprime como un eterno sello, con el cincel ó los

colores: viendo sus grandes creaciones, tal vez le creemos un Dios; y cuando la realidad nos arroja de este mundo imaginario, sentimos en efecto que es un hombre, si bien muy superior á los demas, y esto basta para que no desaparezca el prestigio. Esto sucede con D. José Alvarez.

Nació este insigne estatuario de padres honrados y escasos de fortuna, en la villa de Priego, provincia de Córdoba, á 23 de abril de 1768. Siendo todavía muy niño empezó á ayudar á su padre en la profesion de cantero y cincelador en piedra que egercia, á la manera que Miguel Angel manejó desde su infancia el cincel, imitando á otro tallista en piedra que era marido de su nodriza. Pasó á los 20 años á Granada para asistir á la academia de dibujo; y cuando volvió á su pueblo, despues de haber pasado algun tiempo, en esta ciudad, hizo por encargo del ayuntamiento un leon despedazando á una serpiente, para cuyo estudio, á falta de otro original, le sirvió un perro de quien tomó la musculatura y actitud en la accion de embestir. Esta obra, que aun se conserva en la fuente de la villa, dió á conocer el talento del escultor, y le concilió la proteccion del obispo de Córdoba D. Antonio Caballero y Góngora, que le llevó á su palacio para agregarle á la academia que él mismo habia establecido. Allí estuvo como dos años, al cabo de los cuales y tocando á los 26 de su edad, vino á Madrid, donde se matriculó en la real academia de S. Fernando á 23 de abril de 1794. La aplicacion y extraordinarios progresos del ANDALUZ (que por este nombre le conocian) le pusieron en estado de optar á los premios generales de la academia en 1799.

Era el programa un bajo-relieve, en que habia de representarse, acompañados del clero y del pueblo, al rey D. Fernando I y á sus hijos, llevando descalzos sobre los hombros el cuerpo del arzobispo de Sevilla, S. Isidro, milagrosamente descubiertos, hasta depositarlo en la Iglesia de San Juan de Leon. Alvarez llevó el primer premio de primera clase, y fue destinado por real orden de 20 de julio de aquel año para viajar á París y á Roma con una pension de 12,000 rs. y á estender y perfeccionar sus conocimientos en la escultura.

Poco despues de su llegada á París, se abrió

el concurso de premios generales por el Instituto de Francia; y el joven español se presentó en la palestra, sin arredrarle la novedad del teatro, ni su calidad de extranjero, ni la falta de protección que pudiera temer en un país extraño y entre gentes desconocidas. Alvarez, según la opinión de los que conocieron bien el certamen, hubiera obtenido el primer premio, si este no fuese una pensión para pasar á Roma, reservada á los artistas nacionales. Privado del lugar que le preparaba su mérito, se le adjudicó el premio segundo de escultura en sesión pública del Instituto de 15 vendimiario, año X (6 de octubre de 1802) sobre una multitud crecida de opositores. Por el acta de aquella sesión consta, que era entonces discípulo de Mr. Dejoux.

En la esposición de 1804 presentó al público su estatua de Ganimedes, vaciada en yeso, que arrebató la atención y aplausos de los inteligentes, y en particularidad del célebre David, el primer pintor de su tiempo, quien decía que si se enterrase ejecutada en mármol, la posteridad no la distinguiría de los mas preciosos restos de la Grecia. El jefe del gobierno francés en aquella época, dió en testimonio de aprecio una medalla de 500 francos al escultor, como á uno de los mas sobresalientes artistas. La estatua fue remitida por su autor á Madrid, y colocada de orden del rey en la Academia de San Fernando, donde se conserva.

El deseo de rivalizar con Canova en el género fuerte, después de haberle igualado con su Ganimedes en el suave, le inspiró el pensamiento de representar á Caupolicán, cargado con el madero que debía conseguirle el mando de los ejércitos araucanos; pero la lectura de Homero le inspiró la idea de representar á Aquiles en el momento de haber recibido la flecha mortal. El modelo, mayor que el natural, en que desempeñó esta grandiosa idea, venciendo dificultades inaccesibles al arte, según decía David, se desplomó desgraciadamente, dejando á todos el sentimiento de su pérdida y el mas elevado concepto del escultor, que no pudo restablecerle por su inmediata partida á Roma.

En esta ciudad ejecutó Alvarez casi todas sus

obras; y en recompensa del mérito que reveló en la primera, que fue la composición de cuatro bajo-relieves que le encargaron para una sala del palacio Quirinal en *Monte Cavallo*, fue nombrado individuo de número y posteriormente miembro del consejo secreto de la Academia de San Lucas. Representábase en uno á Leonidas en el paso de las Termópilas; en otro á Julio César, pasando revista á su ejército; en el tercero un sueño de Cicerón, viendo á Júpiter que distingue á Octavio entre toda la juventud romana; en el último el sueño de Aquiles en el sitio de Troya, ó la aparición de Patroclo. (1) Estos bajo-relieves, de una belleza singular, no llegaron, por las nuevas alteraciones políticas, á colocarse en el sitio á que se destinaban.

Sin embargo de que el anhelo de la perfección le hizo destruir mas obras de las que ha dado al público, todavía quedan bastantes en diversos géneros para acreditar su aplicación y asegurar á su nombre la inmortalidad. Es la primera entre todas su magnífico grupo semi-colosal, que representa una escena del sitio de Zaragoza, y que hará objeto de otro artículo especial como todas las obras considerables que existen en nuestro Museo. Aunque no gustaba de hacer retratos, y se negó á ejecutar el de Buonaparte, hay sin embargo considerable número de bustos de su mano, cuya semejanza se admira generalmente: citaremos entre otros el del rey D. Fernando VII (Q. E. E. G.), el del Sermo. Sr. Infante D. Francisco de Paula, el del difunto D. Juan Cean Bermúdez y el del gran compositor Rossini, que posee el Sermo. Sr. Infante D. Sebastian.

Los hombres esclarecidos de todos los países le han tributado el homenaje de su respeto y alabanza; la academia de S. Lucas de Roma, de que ya hablamos, la de S. Fernando de Madrid, la de Carrara, la de Nápoles, la del instituto de Francia, la de Amberes han ilustrado con el nombre del artista español el catálogo de sus individuos. En 1816 fue nombrado escultor de cámara.

(1) Estos bajo-relieves se están grabando en Roma para publicarse en seguida por suscripción. -- Hace un año se abrió ésta en Madrid.

Terminados los trabajos que le detuvieron en Roma, volvió á Madrid á principios de mayo de 1826: y nadie ignora que año y medio despues, en 26 de noviembre de 1827, le arrebató á su pátria y á la Europa una enfermedad que ya de mucho tiempo padecía. Su hijo mayor, tambien escultor, tambien hombre de genio como él, solo le sobrevivió dos años y nueve meses. — Este brillante jóven falleció en Burgos á los veinte y cinco años. Su hijo segundo, D. Aníbal, pensionado en Roma, se dedica en aquella capital con mucho aprovechamiento al estudio de la arquitectura.

Era de buena estatura, de formas bien proporcionadas, trigüeño de color, enjuto de carnes, de rostro expresivo, nariz delgada, ojos pardos, algo hundidos, pero vivaces y animados: sencillo en su porte y aun descuidado frecuentemente, afable y placentero en su trato, dulce de carácter, modesto y sin presuncion aunque conocia sus fuerzas como todos los que las tienen.

Se le hicieron magníficas exequias en la iglesia de Santa María de la Almudena, á que asistieron los principales artistas y literatos, y muchos altos personages de esta capital.

El escultor Alvarez está enterrado en el cementerio extramuros de la puerta de Fuencarral en un modesto nicho, cuya propiedad han prolongado sus hijos en el año 1833, para que se sepa por algun tiempo mas el parage en donde reposan los restos mortales de este artista, pues de lo contrario ya estaria confundido con los demas difuntos!

E. DE O.



De la Rutina.

Demostrar con una precision geométrica cuán perjudicial es la rutina en las bellas artes, seria cosa muy útil; pero hay ciertas verdades tan claras, que sin ser, rigurosamente hablando, axiomas, participan con ellos de la calidad de inde-mostrables. — En este caso se halla la proposicion de que tratamos. No faltan sofismas, es cierto, para probar la esclencia de la rutina, y el cielo sabe si carece de partidarios en nuestro pais esta mala semilla, aplicada no solo á las artes nobles sino tambien á todas las acciones de la vida. Todas las sectas, escepto las que se fundan, como la de Mahoma, en la justicia del alfange, empiezan sacando la cabeza con mucho disimulo, pidiendo un poco de tolerancia y nada mas; luego aspiran á ser tanto como las otras, y acaban por intentar señorearse sobre sus rivales erigiendo en dogmas todos sus principios, llevados al mas alto punto de exajeracion. Esto mismo ha sucedido con los rutineros: empezaron diciendo que tal vez son peligrosas las innovaciones, y nadie se lo disputó; pero no contentos con esto, acabaron por exigir que todos convinieran en que siempre son perjudiciales. — Imposible era que una doctrina tan cómoda dejase de hallar numerosos discípulos: tambien los halló entre los pintores del Bajo Imperio, en los primeros tiempos del cristianismo, la absurda creencia de que era J. C. el mas feo entre los hijos de los hombres (S. Cirilo de Alejandría). Todos aceptaron esta opinion con una devocion infinita, por la simple razon de que les era mas fácil representar en sus cuadros un semblante ridículo, que no la hermosura ideal del divino Salvador del mundo.

No se infiere en buena lógica que, porque hayan hecho los antiguos grandes obras con los medios que tenian á su disposicion, debamos nosotros emplear los mismos medios para hacer otras tales: no se infiere que, porque hizo Racine buenas tragedias observando las unidades, sea indispensable observarlas para hacer buenas tragedias. Un hábil ergotista podria tal vez dar á estos sofis-

mas una apariencia de verdad; pero muy menguado habia de ser á fé mia el que los admitiera como artículos de fé, solo porque llegaran á sus oídos parapetados con una voz estentórea y con media docena de latinajos silogísticos. Aun no ha muchos años oí demostrar á un fraile de Sto. Tomás que la tierra no se movia y si el sol: *premissæ, major atque minor* eran de aquellas que no hay mas que pedir: la consecuencia era digna del mismo P. Goudin en persona, de donde debiera inferirse que hizo bien la inquisicion en encarcelar á Copérnico por embustero y delirante. — Quedó, pues, demostrado en auto público que la tierra no se mueve..... *e pur si muove* como nadie ignora.

Si el prurito de la rutinería fuera solo ridículo, á buen seguro que nadie le atacaria seriamente; pero es el caso que en todo es perjudicialísima su influencia y especialmente en las bellas artes. — Vemos con harta frecuencia á muchos jóvenes de talento, sustituir, alucinados por falsas teorías, la rutina y la tenacidad en el imitar, al estudio y la meditacion, y esto basta para ahogar las felices disposiciones. Pocos laureles puede coger la juventud moderna en las sendas trilladas por los antiguos, y se quiere sin embargo que la juventud no salga de ellas. — ¿Y qué resulta de esto? Que los arquitectos reproducen exactamente los monumentos de la Grecia; que los poetas trágicos, ó repiten al pie de la letra los pensamientos de los antiguos, ó revisten con formas griegas ó romanas asuntos de la historia moderna, ¡enorme anacronismo!... Resulta en fin que no se hace adelanto alguno, ó por mejor decir que se atrasa de un modo lastimoso, pues casi siempre la copia es inferior al original. Dirémos á los apóstoles de la rutina: ¿á quién copiaron esos grandes hombres que nos proponeis por modelos? — Acaso á otros hombres mas grandes que ellos? — Y estos sin duda copiaron á otros y así sucesivamente hasta llegar á uno, elegido por el cielo como Moises, para comunicar al mundo alguna misteriosa revelacion? — Semejante hipótesis nos llevaria demasiado lejos: mas vale suponer que aquellos grandes hombres no copiaron á nadie, y que por eso lo fueron.

La rutina hace que se pongan rematitos en

todos los edificios de Madrid: la rutina hace que se pinten las casas de colorines: la rutina hace que esten aun vigentes los fatales estatutos de la academia de San Fernando; la rutina, solo la rutina es causa de que se hallen tan atrasadas las artes en nuestra nacion. — Y descendiendo á objetos mas humildes, la rutina es causa de que tengamos braseros, calesines, horrible empedrado y no buenos teatros, ni medianas fondas, ni posadas habitables.

Hay en el lugar de mi nacimiento un caminito de travesía que conduce á una ermita, muy frecuentada en algunas épocas del año por mis devotos paisanos. Es el camino tan malo, que ha sido forzoso hacer otro, ancho, llano y mas breve que el primero: y sin embargo por aquello de que *mas vale malo conocido, que bueno por conocer*, no hay un cristiano que se aventure á ir á la ermita por el camino nuevo, pareciéndoles que dan una prueba con esto de muy prudente filosofía.

Pocos habrá entre mis lectores que no hayan visto ejemplos de esta naturaleza; y para ello, á fé que no habrán tenido necesidad de salir de Madrid. — Pidamos pues al cielo, como don singular, que nos libre del cólera morbo, de la guerra civil, de las piecitas de Scribe y sobre todo, de la rutina.

E. DE O.

A Grecia.

Arma, arma! Guerra, guerra!...

« CALDERON. »

I.

Alzate, oh Grecia! con la sangre turca
El polvo limpia de tu frente ajada,
Y elévate sublime, oh Grecia augusta
De tantos héroes generosa patria.
Guerra al impuro musulman! tu seno
Bastante hollaron sus inmundas plantas,
Bastantes lauros de tu frente hermosa
Inflexible arrancó su cimitarra.

Cíñete el yelmo, oh griego, y lidia y vence:
Brille en tu mano vengadora espada,
Y de tu sacro territorio antiguo
Cual vil rebaño al extranjero lanza.
De los caballos el relincho, el ruido
De las armas retumbe en tus montañas,
Y hasta el remoto piélago se escuche
En tus campos sonar, Al arma! al arma!

II.

Al arma, al arma, oh griego!
Combate á sangre y fuego,
Lidia como lidiaste en Maraton.
Quebranta, oh sacra Atenas!
Las bárbaras cadenas
Con que el infiel tus hijos aherrojó.
Si aun guardas la memoria
De tu pasada gloria,
Compara tu grandeza á la que fue:
Compara al vasto Océano
El inmundo pantano,
Que entre ignoradas plantas ni aun se vé.
Fuiste azucena bella,
Fuiste gentil doncella
De amor tesoro, de pureza flor:
Ora planta rastrera,
Ora infame ramera
Que vende á precio vil su impuro amor.
Eras frutal pomposo
Cuyo ramaje airoso
Y sombra daba y pomas de carmin:
Ora tronco podrido,
De un lago corrompido
Sepultado en el último confin.

III.

Alzate, oh Grecia! tu perdida gloria
Reconquista en los campos de batalla:
Alzate y vence, y el ejemplo imita
Que diera al mundo atónito mi Pátria,
Cuando cayó de súbito sobre ella
El terrible gigante de las Gálias.
La sien ceñida de traidora oliva
Sus proyectos el pérfido ocultaba,
Y el gran Pirene á las francesas hordas
Libre paso ofreció por sus gargantas.

Vinieron ¡ay! como feroz rebaño
De carnívoros tigres: ¡hora infausta,
Hora de muerte y destruccion! Sus pechos
Sed de riquezas y de sangre abrasa....
Mas ¡oh! tambien desengañado vuela
El español intrépido á las armas;
Tambien fiado en su valor nació
A furibundas guerras se prepara.
Guerra resuena la ciudad: los campos
Guerra repiten, guerra las montañas,
Y alegre al escucharlo el Leon de Ibéria
Hondos bramidos de su pecho lanza.
Entonces hermosísima matrona,
A la sangrienta funeral batalla
Contra el tirano de la Europa entera,
Sus fuertes hijos presentó la España.

¡Terrible fue la lid! por largos años
Desde el Cántabro mar hasta Vandalia,
Rios de propia y estrangera sangre
Regaron nuestras fértiles campañas.
Al frente de sus nietos el anciano
Voló á la lid, y coronó sus canas
Del pesado morrion de sus mayores,
Y vibró airado la heredada lanza.
El jóven olvidando sus amores,
Sus festines y alegres serenatas,
Voló á la lid intrépido; el poeta
Rompió su lira y empuñó las armas.
¡Zaragoza inmortal! Tu nombre solo,
Tu excelso nombre perdonó la llama,
Y nada mas..... que tus heróicos hijos
Sucumbieron al pie de tus murallas.
¡Gloria á tí Zaragoza! Gloria eterna,
Grande cual de tus hijos la pujanza:
Tu nombre siempre invocarán los pueblos
Cuando por gloria y libertad combatan. (1)

¡Descendientes del ínclito Leonidas,
Invocadle tambien! Griegos, al arma!
Sacudid la molicie; los placeres
Abandonad que enervan vuestras almas;
Ni perfumeis cual débiles mujeres

(1) En su última guerra, sitiado el ejército polaco en Varsovia, juró que haria de esta ciudad una segunda Zaragoza. ¿Por qué no cumplió su juramento? Tal vez ahora la Polonia sería libre.....

El nítido cabello con fragancias.
 Ah! no sin largo y duro sufrimiento
 La independencia y libertad se ganan....
 Si lanzamos, oh Grecia! al enemigo
 Al duro suelo de la odiosa Francia,
 Si la soberbia frente coronamos
 De bien ganadas victoriosas palmas,
 También tendieron muerte, horror y guerra
 Su velo funeral por nuestra España:
 También la Ibero juventud al grito
 De INDEPENDENCIA, LIBERTAD Y PATRIA,
 Desnudo el pecho al enemigo acero
 La muerte en los combates arrostraba.
 Tu, oh Sol! miraste de tu excelsa cumbre
 Con tristes ojos de mi patria amada
 El largo padecer; viste sus tierras
 Con huesos de sus hijos blanqueadas,
 Abrasados sus campos, de sus rios
 Tintas de sangre las corrientes aguas.
 Viste abatida el águila francesa
 Del Ibero Leon entre las garras....
 Y también nuestra gloria, y escuchaste
 Los que al cielo sublimes se elevaban
 Por todas partes en la madre Iberia
 Himnos á Dios de gloria y alabanza.
 Imita, oh Grecia, tan sublime ejemplo!
 Caiga deshecha al filo de tu espada
 La soberbia del Turco: cual la aurora
 De entre las pardas sombras se levanta,
 Magestuosa y purísima, tu gloria
 Alcese, oh Grecia, así! al arma, al arma!
 Guerra al odioso usurpador!.... imita
 El alto ejemplo que te dió mi Patria.

IV.

Será mas azul tu cielo,
 Serán mas bellas tus flores,
 Será mas fértil tu suelo,
 Serán tus frutos mejores;
 Tus selvas mas olorosas,
 Tus mujeres mas hermosas
 Que son ahora serán,
 Cuando arrojes de tu seno
 Armada de rayo y trueno
 Al impuro musulmán.

Y acaso los que antes dieron
 A la tierra absorta leyes;
 Los que un tiempo heróicos fueron,
 Sábios, guerreros y reyes
 Otra vez el mundo vea;
 Y otra vez tu nombre sea,
 Oh Grecia, asombro y terror
 De los pueblos que hoy te miran,
 Y mirándote suspiran
 Y no alivian tu dolor.

V.

La Europa contempla tus males, y dice:
 »Que sufra el Heleno su suerte infelice
 »Pues no osa cobarde la espada blandir.
 »Indigna progenie de heróicos varones,
 »Que ó venza del turco las fieras legiones
 »O sepa á lo menos lidiando morir.”

VI.

Asi los pueblos de Europa
 Dicen mirándote, oh Grecia,
 Y con semblante sereno
 Tus infortunios contemplan:
 En vano tu gloria antigua,
 Tu nombre en vano celebran
 Con melancólica lira
 En sus cantos los poetas.
 En vano en tu ayuda, oh patria
 De las artes y las ciencias,
 Alegre armada volara
 La juventud europea:
 Que los monarcas del mundo
 Su intrepidez encadenan,
 Y en tanto..... ¿qué les importa
 Que todo un pueblo perezca?
 Alzate pues, lidia y vence:
 Tu antiguo valor despliega,
 Y tu misma, oh Grecia hermosa,
 Recobra tu independencia.
 Lidia sola, y no en tu ayuda
 Llames armas extranjeras,
 Que harán en vez de aliviarte
 Mas pesadas tus cadenas. — E. DE O.

Diciembre 1830.



Pamplona y Elizondo. (1)

IV.

Reconcentrado en sí mismo largo rato, recorrió Eduardo en su imaginación toda esta época que acabamos de describir, y el recuerdo de las pasadas felicidades no hizo sino ahondar sus heridas y envenenarlas mas y mas, aumentando el horror de su situación presente. Pensaba, por una parte, en Isabel, ese ángel de luz que en los momentos mas terribles, en que, como una lámpara pronta á apagarse, fluctuaba su alma entre el mundo y la eternidad, había sabido derramar en su pecho casi helado nuevo calor, nueva vida con sus consuelos; pero ese mismo ángel no veía en él sino á un hombre: la compasión había sido el único móvil de sus acciones, y los mismos consuelos hubiera prodigado indudablemente á otro cualquiera que se hubiese hallado en la misma situación que Eduardo. Esta conducta, que en otra mujer ó en otras circunstancias no hubiera hecho sino aumentar á sus ojos el mérito de la joven, le pareció injusta, cruel, cuando tuvo que renunciar á todas las ilusiones que en su delirio había concebido, cuando vió disiparse como humo el mundo ideal que le había forjado su imaginación. Isabel no le amaba, ni su alma se hallaba dotada del temple necesario para poder amar; (claro es que no usamos esta palabra en la acepción en que por un abuso suele tomarse, sino con toda la energía que se encierra en su sentido exacto.) Buena por naturaleza y por el ejemplo de su madre, Isabel no pasaba de una mujer vulgar, en cuanto á sentimientos: incapaz de concebir un crimen, como de comprender un rasgo heroico ó una pasión profunda. Eduardo necesitaba un alma de fuego para unirse y simpatizar con la suya; y en donde creyó encontrarla solo halló un alma vulgar, solo hielo. La escena de que hemos sido testigos la noche de su declaración, decidió para siempre de su suerte. ¡Que sea de tan poco peso el destino de un hombre, que un grano de polvo, una palabra, un soplo, puedan arrastrarlo y sumirlo para siempre en la desgracia!!...

Enteramente arrecido por el frío de la noche, y pegados á sus rodillas sus pantalones empapados por la humedad del torrente, tiritaba el pobre jó-

ven en el duro lecho que le había dado su desesperación, y se recreaba interiormente en considerar la dulzura de un buen fuego, de una atmósfera consoladora, del mismo modo que un enfermo solo sueña en los encantos de la salud y un preso en el halago de la libertad. Por fin, atormentado igualmente por su imaginación y por las punzadas de su herida, se levantó delirante, resuelto á poner término de una vez á todos sus males, atravesándose el corazón con la espada..... Pero ni este recurso le quedaba; la vaina estaba vacía..... el acero había desaparecido, saltando de ella, sin duda, cuando dió su terrible caída.....

--Si al menos hallase algún precipicio bien hondo, hondo como el infierno, en que supiera deshacerme como espuma al caer!..., exclamó por fin con voz sepulcral, subiendo penosamente al monte que se hallaba á su espalda: y al cabo de un rato prosiguió:--estas montañas, que han servido de sepultura á tantos millares de hombres ¿me la rehusarán á mí....? No. La providencia es justa... ya no debo vivir.... no lo puedo.... Y en efecto ¿qué vínculos me unen á la tierra? ¿Una madre!... Ella me llorará, sí, mucho tiempo; pero si supiese lo que padezco, si viese el miserable estado en que se halla su hijo.... ¡Oh! pediría á Dios que le concediese un eterno descanso..... Y luego, las caricias de mis hermanos mitigarán su dolor, acabarán por consolarla; y llegará un día en que, sentada al lado del fuego, les hable de su hijo mayor, como de un sér, que pasó por este mundo sin dejar rastro como un sueño: les hablará de mí como de una de las innumerables víctimas que se hundieron en la sima de la guerra civil. Y sus hijos escucharán en silencio su relación, y cada uno pintará á su modo en su imaginación al hermano de que tan confusa imagen les conservará entonces su memoria..... Que aun son muy niños, y su corazón, como la arena del desierto, como el agua de la laguna, no puede conservar largo tiempo ninguna impresión. Y fuera de mi madre... ¿quién me llorará en este mundo, quién?... -- Y permaneció en silencio como si esperase una respuesta.

Al ruido de su voz, se estremecieron las ramas del árbol que en aquel instante le servía de apoyo, y se desprendieron asustados tres ó cuatro grajos, lanzando graznidos, que, en medio del silencio de la noche, resonaron en todo el monte, lúgubres y siniestros como un eco de muerte. Eduardo se sintió desfallecer. -- "Estos, prorrumpió con voz apagada, estos son los que cantarán mis funerales, los que frecuentarán mi tumba, y cruzarán el aire triunfantes con mis despojos para delicia de sus polluelos..... ¡Qué horror! ¡qué horror!...."

El ladrido de un perro sonó á alguna distancia.

(1) Véase el número anterior.

Eduardo se levantó para escuchar mejor. El perro volvió á ladrar, y él empezó á dirigirse maquinalmente hácia el paraje de donde parecía venir aquel sonido.

Cerca de media hora habria andado ya, sin volver á oír nada, ni divisar ninguna huella humana ni señal de habitacion, y empezaba á sospechar que el ladrido habria sido una mera ilusion, cuando entre los árboles descubrió el resplandor de una hoguera. Acercóse lentamente á ella, y al cabo de pocos minutos oyó cascabeles y cencerros de ganado, que le hicieron conocer que se hallaba cerca de una *borda*. Al ver la llama y al considerar el consuelo que experimentaria con su calor su cuerpo todo, entumecido por el frio, y el alivio que le procuraria un poco de leche, extenuado como estaba de hambre, de cansancio y de dolores, hizo la naturaleza humana su efecto: el instinto de la conservacion triunfó de las congojas del espíritu en aquel momento en que la debilidad física ya casi rayaba en extincion.

Acercóse, pues, á una choza que estaba junto á la *borda*, y de la cual salia el resplandor. Los perros empezaron á ladrar con furia, y dando vueltas en torno de él, parecian dispuestos á despedazarle. Al ruido salieron de la choza dos hombres armados de sendos garrotes. Eduardo, dando diente con diente y doblándosele las piernas de necesidad, les pidió que le albergasen por aquella noche; pero ellos le contestaron en su dialecto, de que él no entendia una palabra. No obstante, un peso duro le sirvió de intérprete, y un momento despues se hallaba dentro de la choza.

Era ésta bastante capaz. Las paredes medio arruinadas de una antigua *borda* formaban sus lados, sosteniendo la techumbre, que se componia de ramas verdes y tierra, si bien en algunas partes, y en especial hácia el centro, tenia algunos boquetes bastante anchos, por donde se escapaba el humo de la pequeña hoguera, cuyo resplandor habia servido de norte á nuestro jóven.

Sentado al lado del fuego, cuyo calor hacia humear sus vestidos enteramente empapados, se puso éste á examinar á sus dos huéspedes, cuyo exterior nada tenia ciertamente de amoroso. Uno de ellos, enteramente vestido de pieles atadas con cuerdas en derredor de sus piernas y cuerpo, presentaba, con su pelo rojo, su barba de un mes, sus cejas en forma de matorrales y sus labios espartosos y entumecidos, un conjunto salvaje con alguna semejanza lejana á un hombre. Su edad frisaba en los 45. El otro pastor estaba algo mejor vestido, si bien sus pantalones parecian de mosaico, y su chaqueta, azul en mejores tiempos, dejaba asomar por bastantes partes una amable sonrisa. En la cabeza tenia una *boyna* ó gorro baigor-

riano colorado, que es uno de los distintivos de los habitantes de las provincias Vascongadas. Estos dos entes, en suma, eran de esos que no quisiera uno encontrar en la montaña, á orillas de un precipicio, en una noche de tempestad.

Eduardo, no obstante, aceptó con gusto la leche, queso y pan de maiz que le ofrecieron.

Mientras él devoraba estos manjares, tenian los dos pastores una conversacion sumamente animada, echando con frecuencia miradas significativas á su huésped, que, ocupado esclusivamente en satisfacer la primera necesidad de la naturaleza, no se curaba de modo alguno de sus discursos. Ciertamente que no entendia ni una palabra de cuantas ellos pronunciaban, pero esto mismo habria bastado en otra ocasion para causarle bastante inquietud: porque, aun en las circunstancias ordinarias de la vida, suele inspirar cierta desconfianza, ó cuando menos disgusto, el oír hablar en un idioma que no se entiende: siempre cree uno que es el objeto de la conversacion. El hombre de las pieles parecia empeñado en persuadir á su compañero alguna cosa, que este rehusaba, moviendo continuamente la cabeza en ademan negativo, y enseñando de cuando en cuando el duro que habian recibido de su huésped.

Este, por su parte, apenas hubo contentado algun tanto su estómago, y desterrado de sus miembros el estupor que los tenia embotados, sintió que se le doblaba la cabeza y se cerraban sus párpados, y despues de algunos esfuerzos inútiles para sacudir el sueño, rindiéndole enteramente el cansancio, se dejó caer sobre una zalea, y pocos instantes despues dormia profundamente.

Casi al mismo tiempo salió de la choza el pastor de las pieles.

El dulce calor que se insinuaba por momentos en los miembros de Eduardo, el alimento que acababa de tomar y el descanso que á la sazón gozaba, no podian dejar de influir agradablemente en su sueño, al menos en los primeros instantes.

Al pronto, solo divisaba vapores; presentia una existencia, pero aun no tenia color; veia objetos, pero sus formas eran vagas como la niebla. Poco á poco se fué animando todo á su vista, los objetos fueron adquiriendo relieve, y por fin se desplegó á sus ojos un cuadro entero de la vida real.

— Hallábase en un hermoso salon, alumbrado por millares de bugías, entapizado de sedas y espejos, y embalsamado el aire con los aromas mas esquisitos. Un brillante concurso de damas y galanes lo llenaba. Reinaba un profundo silencio, como en un castillo encantado. De repente, se oyó una música celestial, unos acentos que no eran nuevos para Eduardo y que le hicieron derramar

lágrimas de júbilo y de ternura. Una joven cubierta de aderezos, que bullían en torno de su garganta y en medio de su negra cabellera, como gotas de rocío que tiemblan al sol, era la que producía aquellos sonidos tan armoniosos. Esta mujer era Isabel. Eduardo quiso acercarse á ella, pero sus miembros rehusaron obedecerle: quiso hablar, sus labios no se menearon. Hallábase en la situación de un hombre que, en medio de un accidente que destierra la vida de todo su cuerpo, excepto de la cabeza, conserva el conocimiento, pero no tiene fuerza ni siquiera para mover los párpados, ó abrir ó cerrar los ojos: situación horrible que con harta frecuencia suele acongojarnos de entre sueños.—El baile empezó, por fin. Un vestido color de rosa, blanco y trasparente como una gasa, revelaba las formas elegantes, al par que modestas de Isabel. Un joven, con un ramo de flores en la mano, se acercó á ella y se lo ofreció y la sacó á bailar. Mil veces pasaron los dos valsando delante de Eduardo, que reconoció en el joven á D. Diego de N***; Isabel dejaba en pos de ella un rastro de aromas y frescura. Concluido el vals, el dichoso joven estrechó en sus brazos á su compañera, y selló en su frente pura el ósculo de paz: ya era su esposo. Al cabo de un rato pasó Isabel delante de Eduardo y le reconoció; y entonces, soltando una carcajada sardónica, y bañándose todo su rostro en un resplandor infernal, estrechó de nuevo en sus brazos á su esposo, y empezó á cantar en tono de burla y con una voz llena de vibraciones metálicas, el vals del *último pensamiento de Weber*, que tantas veces había tocado en otros tiempos para complacer á Eduardo. Hallábase este inundado de un sudor frío como hielo: su garganta oprimida por un nudo fatigoso dejaba escapar su respiración con dificultad y por intervalos desiguales, produciendo un ronquido semejante al de un moribundo.—Entonces cambió la escena. Se vió perdido en el monte, á orillas de una sima. Acercóse á ver su profundidad; y al contemplarla, todos los objetos que le rodeaban empezaron á dar vueltas á sus ojos: sintió con angustia que se apoderaba el vértigo de su cabeza, y para no caer, se abrazó con un árbol que se hallaba á la orilla; pero crujieron sus raíces y empezó á doblarse rechinando hácia el abismo al peso del angustiado joven. Éste, entonces, falto ya de fuerzas y de ánimo, cerró los ojos y se dejó caer de espaldas en la sima. La conmoción fué tan violenta que despertó.

—La herida de su brazo le hacía sufrir agudos dolores. Su pecho latía desigual y violento como el de un enfermo abrasado por la fiebre. La choza estaba desierta, la hoguera apagada. Fuera, se oían los pasos de uno de los pastores que se ocupaba sil-

vando en sus faenas. El frío era excesivo, el cielo empezaba á aclararse, y el oscuro esmalte de la noche se iba convirtiendo en el gris plateado del crepúsculo. Las ovejas con sus balidos indicaban que ya se acercaba la hora de que las dejaran salir al campo. A lo lejos, en los árboles se oían algunos graznidos.

Eduardo se envolvió en las pieles, y disipadas las causas que pudieron inspirarle algunas ilusiones, se halló friamente delante de la realidad, y conoció todo el horror de su situación. La luz, que iba bañando por instantes todos los objetos vecinos, le incomodaba en sumo grado: no le parecía sino que ella había de venderle á sus enemigos.

En esto ladraron los perros, y algunos bultos negros interceptaron la luz que entraba por la puerta de la choza. Al ver aquellas sombras de mal agüero, quiso Eduardo levantarse.... pero unos brazos de hierro le enlazaron, y brillaron delante de su pecho algunas bayonetas, profiriendo al mismo tiempo los agresores mil amenazas, que él no pudo entender, si bien el tono de voz y los ademanes con que las acompañaban, no podían dejarle la menor duda acerca de su sentido.

El pastor de las pieles se despidió amigablemente de los *aduaneros* (1) y echó á andar con su ganado tarareando una canción muy parecida por su armonía á los mugidos de una vaca; y Eduardo, escoltado por 6 hombres de miserable, cuanto siniestra apariencia, desapareció poco después entre los árboles.

V.

Era cuatro días después.

Todas las ventanas de Elizondo estaban abiertas para dar paso á la brisa deliciosa que corría. En los jardines que rodean á esta lindísima ciudad en miniatura, se paseaban pacíficamente muchos soldados facciosos, persiguiendo gallinas, estudiando botánica en las huertas, y consultando en los cerezos el estado de la vegetación. (2)—Pero un espectáculo mas interesante nos llama á una de las casas de la calle principal.

En un miserable aposento, cuya ventana, cerrada con una reja de hierro, cae sobre el río, se halla recostado en un jergon un joven, que conocemos por sus desgracias, pagando á la naturaleza el tributo que le han negado varias noches pasa-

(1) Facciosos que siempre andan en pequeñas partidas, y cuyo oficio se reduce á robar y asesinar en detalle.

(2) Debe tenerse presente que hasta julio ó agosto del año pasado no pusimos guarnición en Elizondo.

das en continua agitacion, en medio de las mayores asperezas de Navarra. El sol, que entra de lleno por la ventana, baña su rostro pálido, ajado por los dolores y la fatiga. Su frente se ve arada por arrugas que medio mes de sufrimientos han estampado en su tersa y juvenil superficie, y un ribete azulado circunda sus ojos. Las vendas que rodean su brazo izquierdo, llenas de sangre y lodo, rasgadas en distintas partes y en un completo desorden, dejan ver la escesiva hinchazon y funesto aspecto de aquel miembro. No obstante, su sueño es tranquilo y aun vaga en sus labios una sonrisa imperceptible; que sin duda la naturaleza tiene embotados en este momento los dolores del cuerpo y las congojas del ánimo, y ademas de esto, rara vez deja la juventud de derramar alguna flor sobre los males que afligen á la humanidad. De repente, esta sonrisa empieza á pronunciarse mas y mas, parece que su frente se despeja, y un sonrosado casi imperceptible baña sus mejillas. Unos acentos melodiosos que acaban de llegar á sus oídos, son los que causan esta dulce impresion, y le tienen durante un rato suspenso, y como arrebatado á una esfera celestial. Empero los sonidos adquieren intensidad, crece el ruido, y Eduardo despierta. No ha sido una ilusion, no un sueño: la música continúa, alegre y estrepitosa como el canto de los soldados. Una guitarra y media docena de voces roncadas, acompañadas de palmadas, que marcan el compas, son las que producen estos sonidos, que, entre sueños y como rodeados de vapores y de misterio, le habian parecido tan melodiosos.

El paso del mundo ideal, en que durante algunos instantes se habia hallado el infeliz, á la vida real á que habia vuelto á caer, era verdaderamente terrible. Un crucifijo que estaba sobre un escaño, único mueble que se hallaba en toda la habitacion, le recordaba su próximo fin, que le hacian desear sus males hasta cierto punto. Sin embargo, dejar este mundo en la primavera de la vida, cuando todo en él sonre y solo presenta el porvenir flores y cielo; ver esconderse el sol detras de una montaña siempre verde, respirar una brisa embalsamada por los árboles y por las plantas aromáticas; ver deslizarse á sus pies el manso Bidasoa, cuyas aguas se encaminan á Francia y pudieran conducirle en breves horas á aquel pais hospitalario, si fuese algo menos que un hombre; ver todo esto y considerar, que cuando ese sol amanezca estarán cerrados sus ojos para siempre, que esa brisa jugará dentro de poco con las melenas de un cadáver, y que el curso del rio no se agitará de modo alguno por que se cometa un homicidio..... todo esto es horrible..... y Eduardo estaba pálido como un muerto.

Las risotadas de los músicos le sacaron de su meditacion. Una voz vinosa cantó, ó por mejor decir, berreó la siguiente copla:

« Bien hayan los nueve meses
Que tu madre te trujo
En el vientre de su tripa
Para casarte con yo. » (1)

Y volvieron á resonar, todavia con mayor violencia, las bestiales carcajadas. Eduardo mismo no pudo menos de sonreirse al oír tan estúpida cancion, si bien la alegría de aquella gente formaba un contraste cruel con la situacion en que él se hallaba.

No obstante, se arrimó maquinalmente á la ventana, para ver el alegre grupo que, en frente de ella y del otro lado del rio, con tanta tranquilidad se solazaba: mas no bien lo hubo verificado, cuando un tamborcillo, metido en una enorme casaca, que para él era un traje talar, comenzó á gritar con todo el vigor de sus pulmones ¡Pachin! ¡Garduño! ¡Coliflor! venid aquí.... á ver al oficial cristino, que van á fusilar esta tarde. ¡Pronto! ¡pronto!—Y cesó la música, y volviéndose todos los ojos hácia la ventana de Eduardo, empezaron los silvidos y las injurias en vascuence y en castellano. El conoció al instante la necesidad de retirarse al interior de su aposento; pero no lo hizo tan á tiempo que pudiese evitar el golpe de un troncho lleno de fango, que de abajo le arrojaron, y que vino á aplastarse en una mano que tenia apoyada en la reja, llenándosela de inmundicia.

Encendióse en ira el jóven, y lanzando una mirada fulminante á la chusma que así le ultrajaba, fué á lavarse la mano en un cubo que se hallaba en un rincon de su cuarto. Al verificarlo, reparó casualmente en una sortija toda negra de humedad y de tierra, que tenia en un dedo de la mano izquierda; y como si hubiese herido su imaginacion una idea luminosa, se la quitó y empezó á limpiarla con particular esmero. A poco rato, arrojaba un brillo prodigioso el magnífico diamante que en ella estaba engastado.

—Singular casualidad, exclamó, poniéndolo á la luz para que produjese mas vivos destellos; singular casualidad, por cierto, que me hayan dejado esta joya, los que para registrar bolsillos y escudriñar escondites, nada tienen que envidiar á los hurones. La costra que la cubria fué causa de que no pusiesen los ojos en una cosa, que para mí tiene mas valor en este instante que todas las armas, que todos los bienes del mundo ¡Como

(1) Es auténtica.

que acaso le deberé la vida!... ¡La vida! ¡infeliz de mí! ¿habrá quien quiera venderme la mia por un pedazo de vidrio?... ¿Venderme la suya?... Que nada menos aventura el que me ponga en libertad.... ¿Y para qué la vida? ¡para padecer los tormentos del infierno!... ¡Insensato! ¡yo deliro!!

Ya hacia rato que el sol se habia ocultado detras de las vecinas sierras, cuando se iluminaron las rendijas de la puerta, sonaron pasos en la pieza inmediata y entró un hombre de alguna edad, alto y seco, con un rollo de papeles en la mano, una linterna, y pendiente del hombro izquierdo una charretera de las que hace 15 años se gastaban, pequeñas y á guisa de garra de leon, señal de su dignidad militar.

—¿V. sabe la suerte que le espera?—prorumpió, sin mas fórmula de introduccion, con un acento catalan muy pronunciado y en un tono de voz tan seco como su fisonomía: y viendo la frescura con que el jóven le respondió afirmativamente, prosiguió.

—¿Tanto le molesta á V. la vida?

Eduardo no contestó; pero la expresion de su fisonomía pudo servir de respuesta afirmativa.

—Pues yo vengo á ofrecersela á V., y con ella el honor.

Eduardo clavó en él los ojos con la misma admiracion que le causaria á cualquiera el oir á un verdugo hablar de sensibilidad.—El faccioso prosiguió: Han asegurado algunos que en la accion de Nazar y Asarta fué V. de los que mas se distinguieron.... ¿Quiere V. aumentar el número de nuestros valientes oficiales?...

Los ojos apagados de Eduardo, se llenaron de fuego de repente: su fisonomía abatida se animó, cubriéndose de una imponente dignidad, al contestar con voz de trueno: “¡No!!”

En aquel momento parecia que el jóven habia crecido por lo menos una pulgada: el viejo mismo se sintió, en cierto modo, avasallado por la energía del que él consideraba pocos minutos ántes, sin ánimo y casi sin vida.

—Jóven, replicó, pienselo V. bien. Á V. se le conserva su empleo, y si no acepta, ántes de que acabe de anocheecer, será pasado por las armas. ¿En qué quedamos?

—Ya ha oido V. mi contestacion.

—Bien está,—replicó el oficial faccioso abriendo la puerta.—¡Padre capellan! pase V. adelante, y despachémos pronto...

Casi al mismo tiempo empezaron los tambores á tocar llamada.

VI.

—¿Cuántos prisioneros hemos hecho?—decia el coronel X*** á un ayudante suyo, apeándose

de su caballo en la casa principal de Elizondo aquella misma noche.

—Ninguno, mi coronel; que es tan fácil dar alcance á los facciosos, como pillar gorriones con la mano: pero hemos rescatado á un oficial nuestro, que iba á ser pasado por las armas....

—Mas vale esto que una docena de prisioneros. Dígale V. que quiero verle al instante.

VII.

Pocos días despues, era verdaderamente una delicia ver á la graciosa Isabel de R***, con un ramo de flores en la mano, y sonriendo á cuantos la miraban, bailando con su nuevo esposo, con la indiferente alegría de quien no dá importancia alguna á sus acciones. La casa estaba iluminada con particular esmero, y todo en ella respiraba movimiento y regocijo.

No obstante, hacia rato que la música se cansaba en vano, tocando un rigodon, sin que los bailarines pudiesen arrancar á sus compañeras de un corro, que en derredor de un hombrecito de diminuta estatura y pelo ceniziento se habia formado.

—¿Qué diablos tienen que hacer las niñas con un doctor en medicina?—prorumpió por fin con voz de trueno D. Anton R.***

—Nos está contando que ha visto esta tarde á D. Eduardo,—contestaron varias voces femeninas, con inarmónica gritería.

—¿Y por qué no ha venido á mi casa? dijo Doña Mencía. Pero aun es tiempo, todavia puede brindar á la salud de los novios esta noche. ¡Pobre muchacho! Ya que se puede decir que nos ha debido la vida, que venga al menos á bailar con mi hija, que le quiere tanto... tanto...

—¿Bailar?... No señora; repuso el doctor. Yo me hallaba por casualidad en la *Taconera* cuando entró con la columna, montado en un macho de bagaje, pálido, hundidos los ojos, huecos los carrillos, descajado el semblante, en un estado de que es difícil formar idea, á no haberlo visto: tanto que, al pronto, yo mismo no le conocía. Preguntéle si se alojaria en esta casa; y me dijo que no, que preferia ir al hospital, que estaba resuelto á ello. Viéndole en un estado tan lastimoso, á pesar de no tener destino en aquel establecimiento, le acompañé hasta su lecho; y mientras le desnudaban, habiéndome preguntado por Doña Mencía y su hija, le participé el fausto motivo del baile de hoy. El pobre jóven daba diente con diente; sus miembros helados en las extremidades, temblaban convulsivamente: su rostro estaba amoratado.... y á poco rato se desmayó. Examiné entónces su herida, y ví que debieran haberle cortado el brazo hace muchos días.

—¡Pobre joven!... exclamó Doña Mencía enterrecida: ¿y habrá que hacer irremisiblemente la amputación?

—No señora; contestó el doctor, dando á su fisonomía una expresión singular.

Un silencio sepulcral reinó en el corro durante medio minuto. Por fin uno preguntó—¿Por qué?

—¡Ola, niñas! á bailar! á bailar! que mañana habrá tiempo para consultas de medicina, exclamó D. Anton, atronando á todos los concurrentes.

—¿Pero por qué?—volvió á preguntar al doctor la misma persona de ántes.

—El mal estaba demasiado adelantado, contestó este, y hace poco mas de media hora..... que ha espirado en mis brazos.

—¡Pobre Eduardo! ¡Pobre Eduardo!!—y brillaron lágrimas en algunos ojos, y entre ellos en los de Isabel. Doña Mencía estaba profundamente conmovida. El baile empezó de nuevo. El médico prosiguió en voz baja, hablando con la buena señora: —¡Qué lástima de joven!... Sus últimas palabras fueron ¡madre mia!... ¡Isabel!

Isabel valsaba en aquel momento; que aunque sentía la muerte de su antiguo amigo, del que solía volverle las hojas en el piano, el compromiso en que se hallaba con la persona á quien habia ofrecido aquel vals era demasiado grande para no despreciar todas las demás consideraciones. En efecto; ¿qué diría el mundo si á una de estas palabras se faltase?...

Una hora despues el doctor, sentado al lado del jovial D. Anton, brindaba á la pronta reproducción de los nuevos esposos, y resonaban las copas y las risotadas.

Al mismo tiempo, en el hospital estaban envolviendo el cadáver de un joven oficial en el lienzo que debía acompañarle á su última morada....

La cena se concluyó, y un sacerdote bendijo el lecho nupcial. =C. A.

VARIEDADES.

Nos escriben de Roma lo siguiente. =Es cosa muy triste ver la situación de los pensionados españoles; pues habiendo ya hecho todos los estudios elementales de su arte y algunas copias con muy feliz resultado, se ven en la dura necesidad de no poder emprender los estudios que son consiguientes á los que ya han seguido, ni servirse del natural para hacer algo de invención. Necesitarían para ello taller á propósito y aumento de pensión; y seguramente podría el gobierno cumplirles lo prometido, sin mas que dar orden al gobernador

de estos lugares píos españoles, para que se les aumente su asignación anual segun lo establecido en los reglamentos.

—El célebre pintor Mr. Ingres, cuyo retrato, debido al pincel de Don Federico de Madrazo, vimos en la última exposición, se halla actualmente en Roma desempeñando las funciones de director de la Academia Francesa, en que sucede al pintor Horacio Vernet. Ciento cincuenta artistas acaban de dar una comida, con motivo de su partida á Paris, á este fecundísimo ingenio.

—El escultor D. Antonio Solá, director de los pensionados españoles en Roma, está terminando un grupo en mármol, que representa una escena de la Degollación de los Inocentes, ejecutado por encargo del Sermo. Sr. Infante D. Sebastian.

Nos ha sido remitido el siguiente Soneto, que nos apresuramos á ofrecer al público, en atención á la ilustre persona á quien se dirige tan dignamente su autor.

EN LA MUERTE DEL GENERAL DON MANUEL FREIRE, ACARCIDA EN ESTA CORTE, EL DIA 7 DEL CORRIENTE MES.

Soneto.

Deten el golpe al implacable acero,

No en un mortal, hoy robes á la tierra

El depósito, ¡oh Muerte! donde encierra,

En sus dones, virtud el bien primero.

En él se ostenta el pundonor severo;

Se conserva el valor, á quien no aterra

Erguida hueste en la empinada sierra;

Se oculta en la modestia el gran guerrero.

Y ora ENMANUEL contra el atroz encono

Gigante armado de la libre España,

Será escudo á ISABEL, será del trono....

Blandiendo en tanto la feroz guadaña,

Sin torcerse el Espectro al triste tono,

El hecho ¡ay! cumple con horrible saña.

Francisco de Laiglesia y Darrac.

No hablamos á nuestros lectores del beneficio del Señor Latorre por falta de lugar, y porque no nos seria posible prodigar las alabanzas como quisiéramos. Nos limitaremos, pues, á observar, que de los beneficios dados hasta ahora puede sacarse una consecuencia, á saber: que muy ruin debe de ser nuestro teatro nacional, cuando, siempre que se trata de dar alguna función sobresaliente, tenemos que recurrir á los franceses para que nos den de limosna lo que ya no les sirve para nada. Diganlo Abel, Fenelon y los Templarios.

—El próximo domingo se dará la primera representación de D. Alvaro, ó la fuerza del Sino.

ESTAMPAS: Don José Alvarez. — Un Griego.

Los editores, EUGENIO DE OCHOA. — FEDERICO DE MADRAZO.

IMPRENTA DE I. SANCHA.

EL ARTISTA.



Goya lo pintó.

Al. Lloq. de Madrid.

VILLANUEVA.

